

La Patria

SUPLEMENTO LITERARIO

Director, ARMANDO SOLANO

Redactor, ROBERTO LIEVANO

Domingo 20 de febrero de 1916

Bogotá (Colombia)—Carrera 6^a, Número 305.—Apartado 986.—Teléfono 580

Año III—Serie XXI—Número 855



Antonio José Restrepo

Antonio José Restrepo

Francisco José Arévalo

Buena idea ha sido la de LA PATRIA, de consagrar uno de sus números literarios a Antonio José Restrepo. No podría faltar de ninguna manera en esta galería ya larga de ingenios de todas las tierras y de todas las hablas, la estampa de este gallardo y vigoroso noble señor de los solares castellanos, príncipe de nuestra vasta y rica parcela.

Mucha y muy valiosa es la obra del doctor Restrepo. En uno de aquellos medios en que la división de las actividades va, por necesaria imposición de una civilización avanzada y complicada, aún más allá de los dominios de

la Economía política, el varón insigne que nos ocupa, hubiera podido descolgar en cualquiera de las faces tan variadas que él ha elegido para reflejar las luces de su talento y de su saber. Escritor pulquérrimo y ameno como un clásico español, lo mismo estampa sus períodos en el articulo literario, que en la oración panegírica de los grandes de nuestra tierra, que en el opúsculo político, que en el alegato jurídico, que en el vibrante editorial. Prófugo, hace ya tiempo, del Parnaso, dejó como recuerdo de su pasado morar al lado de los portalirias, bellas poesías de antiguo corte, que no le alcanzaron sus días de cantor para asistir a la moderna renovación de las artes versicas. Predomina el espíritu filosófico en las poesías de este bardo que fue, cual era de usanza en sus tiempos, casi olvidados ya por éstas novedosas gentes de ogaño.

Mas como este ambiente nuestro es harto incipiente, requiérese aún dominarlo todo para hacer méritos que per-

mitan sobresalir, y así vemos cuál se confunden y se dis-
putan la actividad de los individuos, las más extrañas y
antagónicas ocupaciones. El doctor Restrepo, amén de mo-
naguillo allá por su remota infancia en la agreste capilla
de Victoria, ha sido y es, agricultor, minero, periodista, di-
plomático, profesor, publicista y quién sabe qué más para
ganarse la vida, y revolucionario, con todos los apéndices
de la profesión, para perderla, si no de un balazo en las
batallas, si por las muchas enfermedades que se contraen
en aquella vida que por fortuna no hemos de volver a lle-
var los colombianos.....Y en todo ha sobresalido y de su
vida en veces entregada a la placidez de los estudios y
en veces los tormentos de tardas agitaciones, ha sa-
cado inmenso caudal de sabiduría, que él gusta de poner al
servicio de todos los que lo requieren, con gentil despre-
dimiento.

En el prólogo magistral con que Juan de Dios Uribe
exornó las páginas del libro de Poesías del doctor Restre-
po, hállanse admirablemente narradas la infancia y la ju-
ventud de este hijo de las montañas antioqueñas. Recomen-
dable es esa lectura, no sólo porque por ella se saben
muchas cosas que atañen a la bien interesante vida de
tan ilustre compatriota, sino porque al par que con ello
se encuentran ahí muchos detalles de la historia nacio-
nal, referentes a un largo y agitado periodo de nuestros
anales.

Y en recientes páginas de una revista medellinense,
hay un recuento de los más importantes acontecimientos
en que el doctor Restrepo ha tenido activa participación.
A esas lecturas hemos de remitir a quien desee adquirir
datos biográficos de aquél, ya que no es ese ahora nuestro
ánimo y es corto el espacio de que podemos disponer en
este preámbulo.

El doctor Restrepo es conocido en el país y fuéra
de él, entre otras cosas como escritor y como orador.
En verdad no se sabe como qué admirarlo más. La plu-
ma y la palabra han sido poderosas armas que él ha
empleado en el combate por sus ideales y el recuerdo de
tamañas lides perdurará por mucho tiempo. Es lástima, si,
que tan brillante escritor no hubiera consagrado el tesoro
de su estilo y su erudición pasmosa a escribir una obra
amplia, dentro de un plan determinado y homogéneo, así
fuera de historia, de literatura o sobre asuntos políticos
y sociales. No porque haya el temor de que sus páginas
múltiples vayan a olvidarse pronto, que su alto valor in-
trínseco las hará sobrevivir muchas épocas, sino porque
un libro así, sobre cualquier tema, sería sin duda alguna
supremo exponente de la intelectualidad colombiana. ¿Ha-
brá que perder esa esperanza? ¡Quién sabe! Aún le
quedan muchos días por delante al pujante hombre y pre-
cisamente el pretérito agitador ahora ha clavado su tienda
junto a los remansos de la serenidad.

Hay un hombre y una doctrina que encontraron para
su culto templo propicio en el corazón de nuestro insigne
amigo. Nos referimos a Henry George y a su obra. Nos-
otros, que por cerca de cuatro años asistimos diariamente
al banquete espiritual dado por el viejo escritor a quien
hoy tratamos de honrar, nosotros vimos muchas veces
cómo la mirada picaresca de este viejo volteriano, se ha-
cía amplia y centellante; cómo su cabeza de hidalgo se
echaba hacia atrás; cómo sus brazos se abrían ampliamen-
te y su firme voz se hacia trémula, para hablarnos de la
inmensa miseria humana producida por la infame reparti-
ción actual de la riqueza y para comunicarnos su confian-
za, su fe ciega, en que algún día la gran doctrina georgista—¡que no es una utopía!— acabará de redimir al mundo.
Ojalá que semejante riquísimo venero provoque los acera-
dos filos del pujante obrero de la Patria y de la libertad,
y que de ahí salga el áureo pedestal que arriba echa-
mos de menos para que sirva a la consagración del más
grande de los actuales escritores de Colombia.

Como prólogo

Antonio José Restrepo

* * * Cuando en 1903, el doctor Restrepo—residente para entonces en España—Publicó «Fuego Graneado», colección de escogidos artículos, escribió para su obra el magistral prólogo del cual reproducimos algunos fragmentos:

“Colombia es una tierra de leones”, nos dijo don Rubén Darío por ahí en alguno de sus sonetos encomiásticos, que nosotros le hubiéramos agradecido mucho más si no los deslustrara con ciertas alabanzas al traidor Rafael Núñez, la rata envenenada que aparece en este libro con algunas de sus hazañas mínimas. Bien entendido que el ilustre bardo nicaragüense habla por lo figurado, dando a comprender que los colombianos tienen del valor, de la nobleza y de otros atributos que le pertenecen al monarca de los bosques; pues no hay para qué memorar que nuestro puma calentano apenas si se presta a comparaciones de ninguna poesía; este puma inofensivo no es ni aun como *El tigre de Mátima* que campea en estas hojas. Leones y todo en la pelea,—como lo demostraron en Boyacá, Pichincha y Ayacucho, para ganar su independencia, y en su guerrear constante por un Gobierno asegurador del derecho, después que se independizaron,—ello es que su fama principal les viene a los que ya se llamaron neo granadinos, más de su amor por las Letras, las Ciencias y las Artes, en la paz del bufete y del taller, que de su vocación por las batallas. Muchos pretenden que aun nuestro afortunado conquistador, don Gonzalo Jiménez de Quesada, único letrado entre los jayanes que se aventuraron a descubrir y domar la virgen América, nos infiltró ese apego que tenemos a la letra de molde, al cultivo de los estudios clásicos del Derecho, de la Lengua, de la Filosofía y de otros ramos del saber, que florecen por Bogotá, Medellín, Tunja, Popayán, Cartagena y varias más de nuestras ciudades importantes.

Mucho maman el dedo los que por estos trigos del Seña, del Manzanares y del Guadaluquivir (como se llamó y ha debido seguir llamándose nuestro turbio Magdalena), creen que a las viejas colonias no ha penetrado la antorcha vivificante de las nuevas ideas. Que el correo y el telégrafo, el periódico y el libro no nos llevan hora por hora las pulsaciones de esta vida moderna, los adelantos de sus ciencias, los productos de sus artes, los frutos de sus ingenios en cuatro por lo menos de las lenguas vivas que se disponen los dominios de la información y la difusión de los conocimientos humanos; así como el último fusil perfeccionado y el postrero figurín de la moda elegante.

Las plumas de nuestros avestruces, paujiles y guacamayos, con que los viejos caciques se adornaban y tapaban sus vergüenzas, según testimonio de Bernal Díaz (aunque dice también que algunos llevaban esas cosas al aire), hoy las usamos, tajadas en el diario debate de la Prensa, en la polémica religiosa (“estos indios americanos son propensos a la herejía”, decía en informe al Rey el Arzobispo de Bogotá Martínez Compañón), en el alegato forense, en los discursos académicos y en las más intrincadas disquisiciones filosóficas, históricas y de práctica utilidad científica.

No estamos dormidos, no, los que demoramos al pie de aquellos Andes, ni muertos tampoco, ni mucho menos enterrados. Hasta el más tosco de nuestros ganaderos, o plantador de café, cacao, caña de azúcar y tabaco; hasta los mineros que dejan sus socavones y pasan al Viejo Mundo a gastarse algunos reales y a buscar m quinaria, (que ya en Antioquia fabricamos casi como en San Luis de Misorí), saben su poco de Geografía y chapurran el francés y el inglés. No vienen por aquí con la sandez nativa de estos europeos, que en saliendo de su casa se les acaba el mundo y ya dudan (si jamás lo supieron) que Madrid es capital de España, Lisboa de Portugal y Andorra la Vieja de Ando-

rra la República. La división del trabajo y el hambre en dosis esquelética, hacen de los europeos en general unos ignorantes que humillan. Sacados de su pegujal y de la caja estrecha de su tracamundana para procurarse el garbanzo, da grima oírlos desbarrar en cualquier materia que toquen. Lectores asiduos (los que saben leer por Francia, y Suiza) de los periódicos más ridículos y tontos, los escándalos de sus príncipes, la chismografía de los conserjes el último robo y la última payasada de algún sujeto a la moda, son sus delicias. Luégo, novelas estúpidas de perros salvajes que se llevan niños en la boca; relaciones de viajes en que cada gabacho es un héroe de aventuras ridículas que jamás tuvieron ocurrencia, por países que no existen en el mapa, entre gentes que están por nacer; y los libros místicos, el embrutecimiento en rama, la mar de vifetas y láminas milagraras, las romerías en grande escala a Lourdes, a Loreto, a Roma, a detrás de la puerta, pues no hay población ni villa ilustre que no venerate una caterva de apóstoles, santos y mártires, más dudosos, apócrifos y embaidores los unos que los otros. Ira me dió en Zaragoza, v. gr., al buscar la estatua de Lanuza y toparme de manos a boca con el monumento de los Mártires! — «Cuáles mártires?», le pregunté, por tanteártelo, a un empleado de la Diputación Provincial, y me respondió muy sí señor: — «Pues unos que mataron los romanos». Tarde me la fiéis, dije con la madre Celestina. Los romanos mataron mucha gente, y sin duda en Zaragoza extremarían la usanza; pero si yo fuera consejal aquí haría por conservar la puerta del Carmen, sa grado vestigio de la resistencia al invasor francés, sacaba a Lanuza del rincón en que lo tienen como preso y echaba noramala los susodichos mártires.

Digo que por América somos muy brutos también pero no tanto como se lo imaginan los que de por acá nos critican con acerbadía irritante. Lo que nos guardaron allá los europeos no los autoriza para motejarnos de botarates de la riqueza acumulada al calor de la conquista. En *pecunia numerata* no nos dejaron un céntimo: excluidos los criollos del tren oficial (con excepciones raras que confirman la regla) y gravados todos los ramos de la industria con privilegios, monopolios, estacas y gabelas escomunales, el zumo de esos países se vino al otro lado en los galeones, para quemarlo aquí en pólvora de salvajes o de cañones mortíferos. La guerra tremenda de independencia acabó de aniquilar lo poco que había en los hatos de los conventos y en los sótanos de las salas capitulares. En Letras, Ciencias y Artes, no hay para qué hablar.

Todo era prohibido. La cruz y la picota en las plazas públicas y misiones frailescas; el rosario en los hogares, los escapularios y amuletos al cuello, y el P. Jaén Astete y San Casiano por todo bagaje intelectual. Es verdad que se hizo la expedición de la vacuna; pero al ganado caballar también se le cuida y cura para que siga rindiendo las joradas, y la viruela horrenda nos la comunicásteis vosotros juntos con la manía de pedir prestado. Es verdad que Las Casas armó una grande alharaca cristiano caritativa, pero ella nos valió la introducción de los negros y los consiguientes rompecabezas de tal mezcolanza. Es verdad que los Reyes Católicos y sus sucesores idearon muchas y muy buenas leyes para la defensa de sus fieles súbditos de allende el mar, y que la Recopilación de Indias presenta campo espacioso al ingenio español para espigar disposiciones en amparo al derecho del indio; pero los funcionarios peninsulares que habían de ejecutar esas medidas la recibían de mal talante y la hechaban a dormir con la fórmula sacramental bien conocida y que es un modelo de restricción mental jesuítica digno del maestro Escobar o cualquier Sánchez: «se obedece, pero no se cumple». Es verdad que nos llevásteis, el caballo, la baca, el cerdo, la oveja y el gallo despertador y bullicioso; la sebada, el trigo y el arroz y el arte de freír la manteca pero también nos llevásteis la baba voladora, con la reagrabación de hambrientos calumniado gravemente afirmando que ese infecto achaque era oriundo de nuestra zona y raza, y os trajisteis de allá la piña anana, la cochinilla, y el jaboraní, la quinina, la ipecacuana, la papa, (que vosotros llamáis patata), el maíz, el cacao, que hacía delirar a don Ermeguncio, la vai-

nilla, y tantas otras cosas de alivio y sustento, que bien puede irse lo comido por lo bebido y quedar en paz y júgando. Es verdad.... muchas cosas son verdad en nuestra polémica de hijos ingratos que nos cargan los europeos, y de padres desnaturalizados que nosotros les remachamos. Que nos llevaron la lengua de Cervantes. Si, señores y la de Shakespeare y la de Voltaire. Pero hubiera sido curioso que los conquistadores se presentaran al Zipa de mi tierra o al gran Montezuma o a Pocahontas y Chactas (si existió fuera de la novelita viscondal) hablando entre sí por señas o en jerigonza. Algo tenían que hablar de razonable; y seguro es que si se ponen vuestros abuelos a estudiar el quechua o el aimará o el azteca y el guajiro, habrían dado con unos idiomas en que los Quijotes y los Otegos y Zairas se hubieran escrito solos. ¿Quién sabe? Ello es que sin el hierro, manufacturado en espadas al brazo de un Alvarado y un Francisco Carvajal o en Arcabuces para las manos de un cualquiera; sin la pólvora del fraile Bertoldo Schwartz, y sin los perros y caballos diabólicos que les agujaron vuestros abuelos a los nuestros, la conquista se vuelve al revés, y España, Francia e Inglaterra, países absolutamente bárbaros, cerriles y bozales estos últimos entonces hubieran logrado un gobierno y administración pública mejores que los abominables regímenes que las debastaban y embrutecían bajo los desalmados tiranos de la época. Hubieran tenido Fernando e Isabel un sistema de chasquis y quipos como el de maese Atahualpa, ¿qué moro se les tiene? Cuál telégrafo los hubiera avenitajado para lo del trato y comunicación con sus vasallos y tenientes? Hubieran privado en estos reinos feraces donde fueron Tarraco, Bética, y Lusitania las sabias leyes que regían por el Cuzco en materias agrarias, urbanas, de uso, costumbres y servidumbres, ¿se habría visto jamás desposeídos los labradores por el noblazo haragán el militroncho despojador y el fraile de la sonsaca? ¿Cuándo nuestros curacas y caciques vencedores presentaron a sus Reyes las cuentas del Gran Capitán? ¿Qué pica pusieron ellos jamás en Flandes para anegar aquellas tierras y gentes y exterminarlas sin piedad porque no querían comprar más bulas, ni pagar indulgencias por cometer pecados, y llegaron a suponer que la gracia concómitante está en relación directa de la eficacia mixta sobre la acción imaginaria y la oración mental? Cáscaras!

Por la gracia de vuestra flaca memoria nos echáis en cara que éramos antropófagos, en algunas partes donde no abundaba el saño, y que adorábamos al Sol. Con verdad os digo que yo comprendo que se mate un hombre y se le ase..... para comérselo, en rueda familiar, al claror de la luna, bajo las selvas y moriches que bordan el Orinoco, y echarse luégo a la bartola a dormir el sueño de los justos..... indios, pero no comprendo que se quemase a ese mismo hombre, honrado vecino, adveitár quiza o comerciante en sedas y exégeta docto de los embelecos de la Biblia (en que la antropofagia, la bestialidad y la idolatría juegan al palo), porque se casó con su comadre, como el vizcaíno compañero de herejía del Doctor Pangloss o porque no entendió bien aquello de que que tres son uno y uno es tres, y no para engullírselo con hambre canina, más para aventar sus cenizas, escaldándole los ojos a la noble concurrencia. En la adoración del Sol hay más filosofía práctica y más gratitud tangible que en la adoración (vamos al decir) de los ojos de Santa Lucía, por más fogosos que se les quiera suponer, o de la muela de Santa Polonia, aunque aquella sea la muela del juicio que nos falta y ésta sea la abogada de los que en la plaza del Cuzco, después de saquear el templo famosísimo, jugaron al Sol por hacer, que allí se adoraba en oro macizo y que dio origen al refrán.

Se nos había olvidado el arte de escribir, es cierto, pero aún en esa materia nada teníamos que envidiarles a Pizarro ni a la gran mayoría de reyes y nobles que os gobernaban por acá; y ya teníamos nuestros signos representativos de ideas, que fijábamos en piedras, como los egipcios a quienes tanto admiráis, y que hoy interrogan vuestros sabios para sorprender secretos de Estado más importantes que los del Estado Mayor francés que se

quería comer vivo a Dreyfús. Pintábamos a las ranas en cuclillas, pidiendo agua a tituplén, y eso significaba invierno: jamás les hicimos el ultraje de pintarlas en la misma actitud, pidiendo rey; ni eran rana nuestros mohanes en comparación con vuestros taumaturgos, ni esperó Atahualpa que a la rana le nacieran pelos para comenzar a cumplir su palabra llenando de oro por carretadas el gran salón repleto que le ofreció a don Francisco por su vida y que éste—mal aconsejado por un cura o mohán suyo—no le ahorró por perfidia. Interminable sería este memorial de desagravios si el híbrido de Catío, Nutabe y Asturiano que os habla, siguiera explayándose como la verdolaga de su tierra en tan amargas consideraciones. En resolución, y como dice el mismo don Rubén, atrás citado:

«Ojalá hubieran sido los hombres blancos, como los Atahualpas y Montezumas.»

Y esto de «blancos» se conversa también, pues a ley de hombre de veras juro que he visto en esta Andalucía más morenos y zamburrios que en los valles de mis montañas. Si habeis leído al buen Padre Gumilla y otros naturalistas (por lo naturales en la simplicidad) de los que fueron a convertirnos al tres son uno y uno es tres, en la mezcla de los europeos con los indios y los negros va la raza acoplándose, revolviéndose y enredándose hasta que se pierde el hilo de la discusión, quiero decir el pigmento del cutis y otras diferencias exteriores, vuelven a quedar las cosas tan blancas como estaban, del «tenteenelair» al «saltaatrás», para adelante; esto es como la ciencia moderna lo tiene demostrado en los potros y becerros y nos otros lo demostramos en América entre los báspedos bimanos), esto es, que siguiendo el cruzamiento, de generación en generación, se va limpiando la cachaza (me explico?) de paila en paila, de falca en falca, y al cabo de unas cinco resacas, el azúcar español primitivo vuelve a presentarse puro y genial como si saliera de la caña de don Fadrique o de Rodrigo Díaz de Vivar.... Cuestión de algún tiempo, buena voluntad y perseverancia. Así es que en la América del Sur no hay ese problema de razas que tiene encocorados a los yanquis.

Los españoles, más prácticos que los bermejos boba licos de Guillermo Penn, al comprar una negra o al cojer una india, para sus usos domésticos, abrían la Biblia por las partes de Abraham y de Sara, la promesa imposible de cumplirse por la esterilidad obstinada de ésta, y la mansedumbre de la sierva Agar para reemplazar a mada ma en las plácidas funciones de la concepción de una vida superior a la de este valle de lágrimas.... Endoctrinados así nuestros tatarabuelos, y sospechando que debía ser así la ley de Gumilla, que hoy se llama de Darwin y de la selección de las especies, se dieron a multiplicarse como las estrellas del cielo y las arenas del mar; y de las tres mal llamadas razas que vinieron a encontrarse reunidas en aquel mundo letífrico, comenzaron a sacar unos pichones, cincados de negro apenas, con lucero en la frente, de Venus mercurizante a no poder más, que corren como el gamo, nadan como el ánade, vuelan como la paloma, hablan italiano si les permiten y comen en la mano si los dejan.

Precisamente los compatriotas de Gasparone y de Candián que van ahora por allá, buscando olletas «per compone», han sido los mejores suplealtas de los españoles en la función darwiniana que nos viene amalgamando y socializando a ojos vistas, sin que el colectivismo ni el mormonismo tengan nada que hacer con esta integración del individuo en la individua; pues la poligamia, o colección de mujeres al servicio de un solo gamo, sí es cosa prohibida en el falansterio andino. Por supuesto que muchos españoles no leían la Biblia, o llevaron de su parroquia natal la costilla prolífica indispensable para tomar con provecho el descubito propicio después de la cena. De que se sigue que allá también hay raza pura de los nietos de Tubal y D. Peñayo; con la gran ventaja de que en aquellas planicies abastecidas y sobrellanos deleitosos la ralea ha mejorado, tiene más sustancia gris en el cerebro, y unos ojos, y un mirar,

y unas crenchas, y un meneo, que.... del Alcázar a la Enfajía y del puente de Toledo a Chamberí apenas se veo como ésa. Sólo que no siempre los especímenes que mas damos a figurar por acá han dado completa la vuelta de Guimilla, ni sus taitas dejaban la Biblia de la mano; pero podéis creer a ojo dormido que no toda la maleta es de hojas ni todo el monte es orégano. En fin, sábase ya que la cuestión de razas es un viejo lugar común de la ignorancia y la vanidad, apachurrado hoy por la ciencia positiva; y que propiamente no hay una raza española, si no es apenas flujo de variadas gentes que aquí nacen y aquí viven, pero que al transplantarlas al Tropico o al Polo toman las modificaciones consiguientes al medio ambiente que las nutre y en que se expanden.

«Qué hay del Pirineo a Calpe? ¿Celtas, fenicios, cartagineses, romanos, godos, vándalos, moros, gitanos, judíos, o qué? ¿Sois los descendientes de Gerión el africano, o de Hércules el griego, o de Tubal el palestino? ¿Plantó Hércules la rama bendecida del Jardín de las Hespérides en esta Bética hermosa? Si pues la desaparecida Atlántida os dejó aquí lo mejor de sus entrañas, y por eso fue de aquí de donde partió Colón a recuperarla para el cetro de Castilla y de León, ¿por qué luégo la desconocisteis y repudiasteis? Si cataclismos físicos nos apartaron en la noche grandiosa mente bella que sueña la poesía, los cataclismos morales de estos tiempos turbios que vivimos, ¿no son hechos para estrecharnos en el abrazo fraternal de dos gemelos de la madre Tierra, que luchan angustiados contra otros titanes que quieren esposeerlos y uncirlos a su yugo?

Impresiones de los llanos

Cacería de zainos

José Eustacio Rivera

Eran las siete de la mañana cuando nos separamos a la entrada de la gran selva. Me interné por una trocha que me condujo a un zanjón de arenales crujientes, sombreado por cauchos y palmaritos. Por doquier miraba en el fango rastros frescos de tigres, chigüiros, venados y «dan tas», y de pronto retrocedía azorado al pisar los sapos verrugosos y enormes que medran a la margen de las aguas podridas. Mi machete cortaba de un tajo las lianas y los espinosos bejucos de «sardinato» que se tendían sobre la zanja formando hamacas inverosímiles, repletas de hojarasca y frutas de pasados otoños de donde, saltaban las ardillas inquietas abriendo sobre su lomo, como un plumero la cola de peluche suavísimo. Con los calibres de mi escopeta removía los bejuqueros cercanos, receloso de las «tayas» y de las macaureles» cuyo mortal veneno corta la sangre y la hace revasar por los poros en medio de los mas atroces dolores.

Yo no olvidaba la advertencia de mis compañeros: «No pierdas los rumores del río, si quieras volver a vernos.» Sin embargo ya no percibía ningún murmullo de aguas corrientes y solo escuchaba a lo lejos las desmayadas quejas del mono «araguato», tan doloridas y misteriosas que llenan el alma de una angustia infinita. Entonces experimenté una vaga sozobra y decidí buscar el río siguiendo invariablemente el rumbo que me indicara la zanja.

Aguzado el oído, medí a zancadas los bancos de arena húmeda sin hacer caso de las iguanas verdosas, ni de los «morrocoyes» de rojizo caparazón, ni de los «cachirres» de rugosa funda, tan preciados a los caimanes, que desfilaban delante de mí con tardo meneo. Una y otra vez crucé el exhausto cauce, que a trechos mantenía pozos profundos de aguas amarillentas, llenos de arañitas y libélulas tornasoles.

De pronto sentí en la inmensidad los ladridos de un perro, y regocijado imaginé la jauría acometiendo a la manada de "zános" ferozes.

Era un ladrido agudo, suavizado por la distancia, que se desvanecía de repente. Quizás la sorda voz de nuestros grandes perros venía a través de los follajes adelgazada y llorona porque su timbre me era desconocido. Indudablemente, no ladaban "Combate" ni "Vencedor", ni "Palo negro" ni "Caronte", pero el ladrido se me acercaba, estimulando mi afán de correr a su encuentro.

Mas cuál sería mi pasmo cuando media hora después sentí sobre mi cabeza el ladrido que perseguía! Pronto descubrieron mis ojos sobre la copa de un caimitero las parejas de "yátaros" ladradores que con sus anchos picos de oro, tan largos como una hoz, saltaban desgranando los gajos maduros y haciendo fulgir en la luz el sepia, el verde-mar y el rubí de sus lustrosos plumajes.

La aguja de mi reloj señalaba las nueve, y el sol filtra ba sus rayos por entre las frondas estremecidas salpican do las hojarascas del suelo con grandes manchas luminosas y móviles, codiciadas por enormes lagartos y arañas temidas que salían a adormilarse bajo el reflejo. De las telas rafas suspendidas a manera de anchos columpios salía el ronco zumbido de los cucarrones aprisionados por tarántulas tan grandes como mis puños y cubiertas de un vello erizado y maligno. Millares de abejos runruneaban, revoloteando sobre los hombros fragantes, y algunas al sentirme, ingresaban en la densa nube de zancudos que perseguía, obligando más y más a mis manos a agitarse sobre mi rostro y a desenredarlas de mis cabellos.

Hacia ya dos horas que vagaba solo entre aquella selva imponente, pródiga en peligros de toda clase. Aunque ade más de los churucos pirueteadores, veía doquier, rastros y a corta distancia, los corcobados, las camaranas, los carpinteros de azabache y gualda, las «chilacoas» de rojizo calzón y cromadas plumas, las chorolas tristísimas que ayean como una flauta, mi escopeta seguía silenciosa. Pájaros de encendidos plumajes saltaban en las palmeras de canangue, en los cumares y moriches, y las comadrejas de raro desnudo, desde lo alto de los troncos guarecedores se asomaban a la puerta de sus agujeros ensayando leves grifos. Pero nada valía mi entusiasmo de cazador entre aquella naturaleza abrumante, y hasta me sentía temeroso de turbar el silencio con un disparo.

Hacia rato que la manada de micos de todo pelo me seguía paralela por sobre los árboles menores. Algunos se adelantaban y suspendidos del rabo a la altura de mi cabeza hacían extraños visajes, o ladeando el rostro sobre las manos me curioseaban silbándome.... Otros se descolgaban a observar en los bejucos lechosos el tajo de mi machete o me tiraban chamizas y corocitos. Las madres se devolvían a pasar sus hijos de un árbol a otro, y meciéndolos al extremo de sus brazos larguísimos los aventaban sobre los follajes cercanos con una precisión admirable, o los cargaban sobre la nuca sin cuidarse de sostenerlos. Ví muchos que retorciendo las hojas frescas trepaban a los troncos a tapar los agujeros de las comadrejas, con ademanes risibles y picarescos, o se distraían atrapando abejones entre las macetas floridas.

Al fin, por entre un claro del monte divisé los playones del río. Antes de salir a ellos maté un hermoso paujil, y mientras examinaba el ave muerta, semejante a un pavo, de color negro-azul y rizado copete, oí rodar hacia mí, por entre las marañas salvajes, un trueno intermitente y profundo coreado por gruñidos chillones, chasquidos y castañetazos. A poco ví moverse los palmichales y bajar a la zanja, por debajo de un guarumo caído, cosa de una treintena de puercos que alarmados por el escopetazo se ponían en marcha. De pelaje gris-moro, cariblanco y carinegros, los zános, de pequeño tamaño y ruidosos colmillos, trotaban moviendo a compás sus orejas vellosas y deteniéndose a recoger los caímos maduros. Los machos, encelados y plebados, se desgarraban a colmillazos, entre gruñidos terribles, mientras las hembras se tendían momentáneamente sobre el fango mullido hasta que el guía, adelantando diez pasos de la manada, continuaba su trotocito entre un ru-

mor de trueno soterrado y distante.

Desde las altas raíces del higuerón en que estaba trepado martillé mi escopeta, más o menos a setenta metros, sobre un ejemplar que se detuvo a mover con la trompa las hojarascas, y al instante lo ví dar un salto y voltear rápidamente sin lanzar un sólo chillido. Súbita la manada se dispersó gruñendo, y erizado el cerdaje y alto el hocico, retrocedió hacia el moribundo chasqueando los dientes. Antes de que me descubrieran disparé de nuevo y todos se pusieron en fuga.

Entonces corrí a las playas y tuve grande alegría al ver a un llanero que amarraba su "curiara" para entrar en la selva a buscarme. Presurosos llegamos al lugar donde estaban los "zános" muertos. —Suba usted aquí, aliste la escopeta y aguárdeme!

Lo ví seguir en la dirección que tomaron los puercos, puso rodilla en tierra, y después pegando la lengua en el paladar producía sonidos rotundos y secos semejantes a los de la botella que se descorchaba y ahuecando las manos daba palmetazos sonoros. Rabiosa la manada gruñó a lo lejos y abierta en semicírculo avanzó hacia nosotros masticando las malezas y los bejucos.

Mientras mi compañero les palmoteaba yo hacía fuego sobre los que mordían el árbol en que nos habíamos encaramado. A veces el llanero los lanceaba con su cuchillo o les disparaba mi revólver a quemarropa. Inyectados los ojos, erectas las púas, entre gruñidos y chocar de dientes las alimachas morían sin retroceder o se lanzaban sobre los heridos a olerles la sangre y a darles topes hasta obligarlos a salir del semicírculo trágico.

Cuando a las dos de la tarde atracamos en el puertecito de la fundación, sacaron del fondo de la "curiara" once zafos muertos.

Una visita a León XIII

Rubén Darío

¡Es una madeja de seda, es una flor, un lirio de cinco pétalos, un viviente lirio pálido, o acaso una pepueña ave de fina pluma? No, ni madeja de seda ni lirio, ni pájaro delicado: es la mano del Pontífice, es la diestra de León XIII, la que acabo de tener entre mis dedos y mi beso sincero se ha posado sobre la gran esmeralda de la esposa que recompensa en una irradiación de infinita esperanza la fe que no han podido borrar de mi espíritu los rudos roces del mundo maligno y la lima de los libros y los ácidos ásperos de nuevas filosofías. Bien haya la mano que me movió de París, para que la casualidad me hiciese estar en Roma en el momento de la llegada de la peregrinación argentina. Nada más misterioso y divino que la casualidad. No pensaba alcanzar a conocer al Papa Blanco; creía que cuando llegase a la ciudad ecuménica ya se habría apagado la leve lámpara de alabastro. La lámpara se está apagando opaerece que se apaga, aunque en veces la luz tiene brillos inusitados, como un sobrenatural aceite, y hace creer en los milagros de la voluntad, que de todas maneras son los milagros de Dios. Es tiempo en que el año santo trae a Roma caravanas de creyentes de todo el mundo católico. Lo que a París lleva el placer trae a la Villa Eterna la religión, una incesante corriente humana que se renueva a la continua, corazones fervorosos, que animan sangres de diversas razas, labios que rezan en distintas lenguas, ciudadanos de la cosmopolis cristiana que con un mismo aliento proclaman la unidad de la fe en la capital de Pedro y de Pablo. *Sibis romanus sum.*

Antes de ver al Pontífice de cerca, de besar su mano, de escuchar su voz le había visto dos veces en San Pedro una en ceremoniales de beatificación, otra dando la bendición

ción a miles de peregrinos. No fue la primera ocasión la que mayormente conmoviera mi ánimo, con todo y llamar más a lo imaginativo la pompa solemne de los ritos, la música singular bajo las techumbres suntuosas e imponentes de la basílica, las rojas colgaduras que empurpuran la vasta nave central en que el soberbio baldaquino retuerce sus columnas salomónicas, el concurso de altos misnistros y príncipes eclesiásticos, la asamblea de los fieles que saludan al Emperador de los católicos. Desde Taine la palabra «ópera» se ha escrito muchas veces a este respecto, para que mi lealtad de respetuoso no haya sido perturbada por los inconvenientes que traen la tarea de pensar y el oficio de escribir. La segunda vez fue cuando vi mejor y sentí más hondamente al pálido Vicario de Jesucristo. Herbían las naves de gentes diversas. Peregrinos de varias peregrinaciones lucían en los brazos o en los pechos sus insignias. Religiosos de varios colores circulaban en el inmenso concurso; altos y rubios teutones, de caras macisas, de anchas espaldas conversaban serios; curas y seminaristas españoles hablaban, se embromaban, bulliosos; sacerdotes franceses, con ferviente *chaovinis me*, cantaban en alta voz himnos, recomendando especialmente la Francia al Eterno Padre. Gentes de la campaña italiana, con sus vestidos pintorescos, alegraban de visitas estofas y de curiosas y brillantes orfebrerías, la masa compacta, la apretada reunión de correligionarios. Apa recieron los estandartes de los peregrinos y se oyeron largos aplausos de grupos parciales. Una bandera francesa que llegó sola, tuvo un general saludo de palmas y aclamaciones.

Allá arriba sobre el altar, sobre la tumba de Pedro el Pescador, una inscripción latina pide al Señor que prolongue la vida de León XIII. Es la petición tácita de todas esas almas reunidas con un mismo fin al abrigo del colosal monumento del Bramante: es la plegaria que en todos los climas de la tierra se eleva de todos los fieles. Las tribunas levantadas al rededor del altar en que ha de oficiar Su Santidad, están negras de fracs y de mantillas. Se confunden los rostros de todas las edades. Las mantillas cubren cabelleras blancas o decoran cabezas en que se encienden jóvenes ojos amorosos que pugnan por ser severos en la magestad del recinto. De pronto, mientras los franceses continúan con sus cantos, comienza allá por la entrada de la iglesia, por el lado que da a la Puerta de Bronce, entrada del Papa, un rumor que crece y se convierte en un claro aplauso; y este se propaga con un ruido resonante, bajo los dorados artesones basilicales. Han aparecido los guardias suizos: brillan los cascós romanos de la oficialidad, los soldados del uniforme miguelangelesco presentan las alabardas, y una cosa se divisa blanca en el marco rojo, una cosa que se va acercando entre explosiones de voces y agitar de pañuelos: es el Papa en su silla. Ya está cerca el Papa León, ya va a pasar frente a mis ojos. Un grupo de españoles clama su viva de manera detonante; un grupo de alemanes hace tronar sus *ihoch!, ihoch!, ihoch!*, mientras los italianos repiten su conocido *E viva il Papa re!* Sobre la silla escarlata, de cuán do en cuándo se alza, en esfuerzo visible un dulce fantasma, un ser que no es ya terrestre, poniendo en un sólo impulso seguridad de aliento, creando fuerza de la nada; el brazo se agitaba débil, se desgranaban de la mano blanca las bendiciones como las cuentas de un rosario invisible, como las uvas de un ramo celeste. Al pasar frente a mí un chorro de sol cae oblicuo y vibrante sobre la misteriosa figura, y puedo ver por primera vez bien, en su baño de luz, al Papa León. Cien veces pintado, mil veces descripto, no hay palabras ni colores que hayan dado la sensación de la realidad. Todos se encontraron en lo cierto cuando se sintieron impresionados de blancura. ¡Recorráis el verso: «¿Qué cosa más blanca...? Sumad nieves y linos, cisnes y espumas, y juntad palideces de ceras color suave de pulpas y de lirios y de rosas té, y agregad alba transparecia, como de un ámbar eucarístico, y poned la animación de una inexplicable onda vital, y he allí lo que pasó ante mis ojos, bajo la gloria solar, en ese instante. ¿Cómo alienta ese ser fantasmal? ¡Cómo da luz aún la

frágil lámpara alabastrina! Y cuando los cantos de ritual comenzaron, y fue el padre santo al altar, ¿qué brazos des conocidos lo sostuvieron? ¿Y qué onda sonora puso en su voz la fuerza que hizo esparcir su canto por las naves inmensas, de manera tal que no se creería brotase de ese cuerpo de paloma? Cuando volvió, otra tempestad de entusiasmo se desencadenó a su presencia. Ví a mi rededor barbas de plata y mejillas frescas, húmedas de las más puras lágrimas. El pontífice no tenía la constelada tiara tres veces regia, no llevaba a su lado los flaveles orientales. Sencillo pasó en su roja portantina como una perla en un pétalo de rosa. Y se desvaneció a mis ojos, como en un sueño. La tercera vez....

La tercera vez, agregado a la peregrinación argentina, pude estar por dos ocasiones, gracias al Obispo señor Romero, amable de toda amabilidad, delante del Pontífice. Muy temprano, por la mañana, el peluquero me había encontrado algunas canas nuevas; yo, en cambio, ¿por qué no decirlo? sentía en el corazón y en la cabeza mucho de lo que hubiera el día de la primera cita de amor, y de la publicación del primer libro. Se despertaba en el fondo de mi séa como un perfume de primera juventud; y todas las lecturas y todas las opiniones no pudieron poner el más ligero vaho empañador en esas horas cristalinas. El viejo feo de Zola, el avaro de los decires de antecámara, el sinuso ajesitado o jesuita del todo, el contemporizar con la democracia moderna, el papa de los periódicos, desapareció se borró por completo de mi memoria, para dar lugar a Papa columbino, al viejecito sagrado que representa veinte siglos de cristianismo, al restaurador de la filosofía tomística, al pastor blanco de la suave sonrisa, al anciano paternal y al poeta.

A las 11 era la cita, y, presididos por Monseñor, fuimos, demás está decirlo, puntuales. Nuestra insignia azul y blanca en el pecho, nuestras tarjetas, rojas o moradas en la mano, subimos las escaleras vaticanas, pasamos por la Puerta de Bronce y penetraron en la Sala Clementina, ¡recordáis? Es aquella que vio Pedro Froment en la novela «Esta Sala Clementina, inmensa, parecía sin límites, y esa hora, en la claridad crepuscular de las lámparas. La decoración tan rica, esculturas, pinturas, dorados, se esfumaba, no era sino una vaga aparición flava, muros de ensueño, en que dormían reflejos de joyas y pedrerías. Y, por otra parte, ni un mueble, el payamento sin fin, una soledad alargada, perdiéndose en el fondo de las semitintieblas. El se contentó con mirar a su alrededor, evocando las muchedumbres que habían poblado esa sala. Hoy aun, era la sala accesible a todo y que todos debían atravesar, simplemente una sala de guardias, llena siempre de un tumulto de pasos, de idas y venidas innumerables. ¡Pero qué muere gravitante, desde que la noche la había invadido, y cómo estaba desesperada y cansada de haber visto desfilar tantos seres y tantas cosas!» No tuve la impresión de Pedro. Al contrario, invadida por la luz que entraba por las ventanas laterales, la sala extensísima y severa parecía dar la bienvenida. Las figuras de los frescos en sus posiciones, en sus énfasis simbólicos, la Justicia, la Fe, las escenas de la entrada, la gloria del Santo Espíritu en el cuadro del fondo y sobre nuestras frentes en el vasto plafón, los brazos abiertos del Pontífice que asciende al empíreo sostenido por el apoyo de ángeles decían felices augurios, daban confortantes pensamientos. Sí, el Papa Clemente era un buen introductor ante el Papa León. Este debía pasar, dentro de poco, detenerse con nosotros, para ir luego a bendcir a la basílica a otros miles de peregrinos de distintos puntos de la tierra. Mientras un maestro de ceremonias coloca en el orden usual y Monseñor Romero entra los salones interiores en compañía de otro prelado, observo. A la entrada de la sala dos alabarderos guardan la puerta, y al extremo opuesto una escolta de ese vistoso y arcaico cuerpo aguarda el instante de los honores.

Circulan, pasan de un punto a otro, rojos *bussolanti*. Un franciscano joven, de rostro noble e inteligente, sale de lo interior y da algunas órdenes. Tengo la suerte de que mi nombre haya llegado a sus oídos, y me sorprende su inesperada afabilidad. Es el Secretario del Cardenal Vives.

Los argentinos son divididos en dos grupos. A un lado los sacerdotes, a otro los laicos. Los rostros, casi todos, revelan una indudable creencia en la extrahumanidad del varón apostólico que ha de aparecer a nuestra vista dentro de cortos instantes; algunos, ciertamente, reflejan la preconcebida esperanza de un espectáculo de profana teatralidad. Las señoras, desde luego, todas, damas altas y modestas, todas, sin excepción, manifiestan las gracias de una fe sin reservas. Por otra parte, con sus sencillos y negros trajes y tocados, todas parecen iguales: y allá en lo invisible y supremo, el ~~Señor~~ del carpintero que también era de la raza de David, no hace diferencia entre esos millones y aquellos pobres pesos que atravesaron el mar. Un golpe de alabarda en tierra, una voz, la guardia se forma. Es un Cardenal que pasa. Conversamos en el grupo de la prensa. Hay, ~~icos~~ y vistosos, dos fracs coloreados de condecoraciones. Un fotógrafo prepara su máquina, que ha de resultar inútil. Tras largo esperar, se oye un rumor, un ruido de pasos, la guardia se forma, presenta las armas. Cascos romanos crestados de oro, antiguas gorgueras y jubones, espadas desnudas, cardenales, obispos y una roja silla de manos que se coloca en tierra. Entre la roja silla de manos, semejante a una joya en un estuche, está León XIII. Las guardias le forman cuadro. El besamanos comienza. Hay que detenerse tan sólo unos cuantos segundos, pues somos muchos. Monseñor Romero, al lado de la silla de manos, hace las presentaciones. Mientras me toca mi turno no puedo ver bien al Padre Santo, no hay ningún retrato que se le parezca: ni el reciente que acabo de ver en París, de Benjamín Constant, y que está señalado como una obra maestra. ¿Quién ha sido el *farceur* que vio en esta boca grande, de labios finos y bondadosos, la sonrisa de Voltaire? La cabeza es vivaz, de una vivacidad infantil que se juntara a la extrema vejez; la frente hermosa, bien moldeada, bajo los cabellos blanquísimos y solideo de nieve; los ojos son oscuros y brillantes, pero no los escrutadores dianas negros de Zola, sino dos luces anunciantoras de interiores iluminaciones; las orejas grandes, transparentes, ~~o~~ la nariz, de dignidad gentilicia; el cuello liliá, que sostiene apenas el globo del cráneo; el cuerpo delgado, de delicadeza inverosímil. Cuando estuve frente a frente a darle el beso de respeto, vi la mano, toqué esa increíble mano papal, sobre la que brilla la enorme esmeralda de la esposa, esa mano que me parecía una madeja de seda, o una flor, un lirio de cinco pétalos, un viviente lirio pálido, o acaso una pequeña ave de fina pluma. Y la mirada de los ojos, casi extraterrestre, y la voz que se escapaba de aquel cuerpo frágil, de aquella carne de Sévres, daban la idea de un hilo milagroso que sostuviese por virtud de prodigo el peso vital. ¿Cómo esta pasta sutil no se quiebra al menor soplo de aire, al menor estremecimiento de los nervios? ¿Cómo esa hebra tan débil como un hilo de la Virgen no se rompe a la más insignificante impresión, y resiste no obstante a la continua corriente de tantos inviernos, a la palpación del orbe católico que tiende al blanco Pastor, la traída física que cansaría a un hombre robusto, de levantar el brazo, ese pobre brazo senil, en la impartición de miles y miles de bendiciones? Una niña pasó, besó a su vez la mano; el papa la sonrió como otro niño; quiso hacerle una caricia, y la criollita, asustada, se escapó veloz. Alzaron la silla; la escolta, los caballeros palatinos, los dignatarios áulicos se pusieron en marcha hacia San Pedro.

Un aire de veneración flotaba sobre aquel triunfo tranquilo cuando los vivas estallaron—inútiles, insólitos. Nuestro silencio estaba lleno de tantas cosas en aquel instante! De mí diré que viví por un momento en un mundo de recuerdos. Era la infancia de músicas y rosas, la lejana infancia, en que el alma nueva y libre parecía volar ágil como un pájaro de encanto entre los árboles del paraíso. Eran las viejas campanas de la iglesia llamando a misa; la ropa dominical, sacada de los muebles de alcanfor, la ida a la catedral al claror del alba, la salida en plena luz matutina, la dulzura de la casa pacífica, la buena abuela y sus responsorios, la imagen de la Virgen venida de Roma, el cura que iba a jugar tressí, y el granado en flor de la cual los labios adolescentes supieron lo que era

el primer beso de los labios de la prima rubia: porque el primer tiempo de la fe era también el primer tiempo del amor. Y era la Semana Santa, con sus ceremonias simbólicas, con sus procesiones alegres como fiestas nupciales, con el entierro del Viernes Santo, al que las mujeres asistían vestidas de luto, y en que los canónigos me atraían con sus largas caudas violetas; el *lignum crucis*, llevado en la noche al són de tristes trompetas que rompía las sombras en el silencio del negro firmamento. Y eran aquellos mis años primeros, en la mitad de los jesuítas, en el convento silencioso o en la capilla florida de cirios en que mi mente juzgaba posible las palmas de los Gonzagas, los nimbo de los Estanislaos. Entonces se abrieron a la aurora los primeros sueños, entonces se rimaron las primeras estrofas. Y la memoria de los sentidos me despertaba ahora la sensación de las cosas pasadas, ya perdidas en lo largo del tiempo. Visión de lámparas rituales, de velas profusas, de altares decorados en que estaban en su inmovilidad de ídolos los simulacros de las vírgenes y de los santos; colores y pedrerías y oros de casullas, negras siluetas de sacerdotes que se perdían en lo oscuro de las naves o a lo largo de los complicados corredores del convento; olor de cera, de incienso, de las flores naturales que se colocaban delante de las imágenes, olor de la cajita de rapé de aquel anciano encorvado, de aquel anciano santo que me colmaba de consejos y medallas y cuyo nombre de ave inocente le venía tan bien.. ¡Pobre padre Tortolini!

Cuando León XIII retornó de San Pedro, otro grupo de los peregrinos debía recibir la bendición; volví a verle otra vez. Estaba más pálido aún si cabe: parecía que hiciese con más dificultad los movimientos de la cabeza y del brazo. Me temo que el doctor Lapponi, no consienta dentro de pronto la repetición de estas audiencias, de estas idas y venidas a la Basílica. ¡Quién sabe si algún día de estos el milagro cesa, el prodigo tiene fin, y esa vida rara así como un cáliz de Murano, al fino aliento del aire, cruge, se quiebra, se deshace!

Vuelvo a contemplar sus ojos que brillan en un fuego amable, su sonrisa un poco triste, un poco fatigada, su mano que da todavía bendición.

Y se lo llevan, con el mismo ceremonial de la venida. Cascos romanos crestados de oro, suizos con su uniforme rojo, negro y amarillo, alabardas, espaldas desnudas, collares, gorgeras, jubones, continúan como en los cuadros, como en las tablas. Rumor de gentes. Silencio. Pasó.

Ah, la Pálida anda rondando por el palacio; la *Camarde* está impaciente por entrar en el Vaticano y hacer que el martillo de plata del cardenal camarlengo toque la fren te de Joaquín. Y el anciano siente sus vueltas, su revuelo, el ruido metálico de la hoz, lista como en el fresco de Orcagna. Y repetirás *us* propios versos, el tiarado poeta:

Cuanto all'orechio mio suona soave
Ave, madre María ripeter Ave!
Ripeter Ave e dirti, o madre pia,
E a me dolce e ineffabile armonia.
Deliziva casto amor buona speranza
Tale tu sé ch'ogni decire avanza.
Quando spirto m'assal maligno e immondo,
Quando da m'nescie piú m'opprime il pondo,
E l'affano del cor si fa piú crudo,
Tu mio conforto, mia difesa e scudo
Sea me, tuo figlio, apri il materno seno
Ma già morte s'appressa: de in quell'ora,
Madre m'aiuta: lene, lene a allora
Quando l'ultimo di de disfabile
Con la mano chiudi le stanchi pupille;
E conquiso il demoniche interno rugge,
Cupidamente all'anima che fugge
Tu pietosa, o María, l'ala distendi;
Ratto la leva al cielo, a dio la rendi.

Estas notas que resonarán en lo moderno la plegaria rimada del más desgraciado y católico de los poetas, y en lo antiguo y fervoroso y armonioso Jacopone da Todi, os harán recordar que el pastor de los corderos de Jesucristo es también árcade en las praderas de Apolo. Nada más hermoso que esos luchadores proyectos de Dios o de los

pueblos; favorecidos por el numen, en los resplandores de su ocaso, en los años de las tranquilas nieves, guardan el culto de la belleza, la pasión generosa del arte, y concier tan sus números, cultivando las flores perennes, las rosas que no mueren, el amor siempre fecundo y sano de la lira. Me he imaginado encontrar al padre santo, en una mañana de las Calendas de mayo, rejuvenecido, sonriente siempre, poseído en esos instantes de su *deus* olímpico, del que ha hecho manejar vibrantemente las cuerdas de su lírico instrumento, de manera que los pies de sus exámetros han golpeado el sagrado suelo latino al mismo són y compás con que galopan las cuadrigas magníficas de Horacio. El Pontífice me acoge, y, puesto el pegaso a pacer, le digo, poco más o menos, mientras los lirios nos inciensan con sus incensarios y los jazmines llueven sus estrellas de nieve y los gorrones forman conciliábulos entre las copas de los pinos. Beatísimo padre y querido colega, repetiré una cosa que sabéis tanto como yo, y que os diría en sabios dánticos y flamantísimos espondeos sisú piese tanto latín como vos? El cielo es azul, la primavera avanza gentil, con su cortejo florido como en la pintura de Sandro; la tierra palpita, al canto del agua y el fulgor solar; alabemos al Señor. Frate sole nos envía su saludo, su hermana la rosa su mensaje, nuestra hermana la mujer su sonrisa; alabemos al Señor. Os habéis mezclado a las luchas de los hombres; cuando vuestros rebaños han empezado a topetazos, habéis intervenido con el cayado, y habéis hecho bien. Habéis enviado como águilas de paz, vueltas encíclicas, a revolar sobre el mundo. Sois divino, habéis sido sacerdotal, *sacerdos magnus*; sois humano, habéis sido hábil. Para lo uno profundisasteis la teología; para lo otro os ejercitasteis en la diplomacia. Habéis mostrado a pueblos que estáis con ellos y a los reyes indicado el camino. Acaso ha dicho a vuestro oído el rumor del porvenir, lo que se acerca; acaso *lumen in coelo*, sabéis lo que anuncian los signos de hoy para cuan o aparezca el sol en su alba roja el día de mañana? Padre santo, Pedro Froment no dejaba de tener razón. La palabra de *conditione opificum* ha pasado sobre la cabeza de los de abajo, que muy pocas han sentido su benéfica influencia, bajo la opresión.

Habéis señalado más de una vez el camino probable de la verdad, habéis hecho lo posible por evitar guerras y desconciertos. Habéis tenido que ver con los cancilleres y con los embajadores, con el señor de Bismarck y con el señor de Cánovas, con el señor Hanotaux y con el señor de Giers. Querido colega, Maron es mejor. ¡Oh pontífice poeta! En vuestra tiara está Marbodio, a vuestra izquierda Minucio, a vuestra derecha Gregorio; y cuando decis la misa hacéis comulgar a las nueve musas, mientras la misma infecundidad florece blancos ramaletos de cánticos en los coros de la Sixtina. Habitáis el más maravilloso de los palacios; allí al lado de la fe ha tenido siempre su mansión el arte. Gloria sea dada a los Papas que se rodearon de pintores, de escultores, de orígenes, a los que protegieron y amaron a los poetas y a los que como aquel Eneas Silvio Picolomini y vos mismo, juntaron a la triple corona pontificia la corona de laurel y pusieron en su vaso de oro el agua castalia. Sois filósofo, y volando sobre lo moderno habéis ascendido a la fuente de la *Summa*; sois teólogo, y en vuestras pastorales dais la esencia de vuestro pensamiento caldeado por las lenguas de fuego del Santo Espíritu; sois justo y desde vuestro altísimo trono dais a cada cual lo que es suyo, aun cuando con el César no andéis en las mejores relaciones; sois poeta y discurriendo y cantando en exámetros latinos y en endecasílabos italianos, habéis alabado a Dios y su potencia y gracia sobre la tierra.

Allí, en vuestro palacio, en la Stanza de la Segnatura, Rafael, a quien llaman el divino, ha pintado cuatro figuras que encierran los puntos cardinales de vuestro espíritu. La Filosofía, grave, sobre las cosas de la tierra, muestra su mirada penetradora y su actitud noble; la Justicia, en la severidad de su significación, es la maestra de la armonía; la Teología sobre su nube, está vestida de caridad, de fe y de esperanza; mas la Poesía parece como que en sí encerrase lo que une lo visible y lo invisible, la virtud del cielo y la belleza de la tierra; y así, cuando vayais a tocar a las

puertas de la eternidad, no dejará ella de acompañaros, y de conduciros, en la ciudad paradisíaca, al jardín en donde suelen recrearse Cecilia y Beatriz, y a donde, de seguro, no entran los que tan solamente fueron justos. Y León XIII sonríe, y los gorrones y las abejas del jardín me dan la razón. Los chorros de agua se encorvaban en arcos diamantinos, sobre las conchas marmóreas, en las pilas sonoras, reventaban las espumas irisadas; la sacra Naturaleza en una vibración invisible, pugnaba por manifestar el misterio de su corazón profundo; y al lado de León vi como un coro hermosísimo de Horas que llevaban en las manos flautas y cistros. Y Jesucristo pasaba por los azules aires, como en un carro triunfal, no un Jesucristo de pasión, sino de transfiguración, un divino Musagetes, fuerte y soberbio como el del juicio de Miguel Ángel, crinado de oro augusto en su magnificencia. Y volví a decir: Beatísimo padre: la religión y el arte deben ir juntos en el servicio del Eterno Padre. Ved las viñas frescas, tendiendo sus ramos al sol; las ramas de los olivos parecen al soporte del viento, armónicos metales; bajo los ramajes ríen las niñas; la luz vivaz se esparce sobre el Tíber taciturno. Las naciones aguardan la venida de la incombustible paz; los hombres quieren por fin ser redimidos del sufrimiento, y es hora ya de que Dios haga que resuenen juntos nuestros salmos y nuevas arpas.

Y él a mí: ¡Alabemos al Señor!

Una voz lejana...

Carlos Villafañe

A tí, espíritu dulce que fulgura
como un beso de luz sobre la frente
del río que en la uberrima llanura
se desliza con curvas de serpiente;

A tí, de cuya voz serena y pura
hace recuerdos líricos la fuente
que al desgranar su trino en el ambiente
arrulla el corazón de la espesura;

A tí, numen glorioso que pudiera
ser un reino de bienaventuranza
donde el cirio vivaz de mi esperanza
como un lucero matinal ardiera....

A ti el incienso de mi alma el vuelo
tiende, buscando lo que en tí se entraña:
gloria, perfume y luz, paz y consuelo.
(Mi alma es la niebla que de la montaña
al despertar del sol se eleva al cielo).

Para tí es mi cantar, única ofrenda
que va a buscar tu corazón distante,
cual busca mi alma en su penar, la senda
gloriosa de tu espíritu fragante.

A tí la de las horas insensibles
a las voces con que te reverencio,
mis pobres versos van; esa es mi vida:
transitar con el ánima encendida
el reino de las cosas imposibles,
de las cosas que se aman en silencio.